

NUESTRAS ENTREVISTAS

Sra. Angela S. de Jaranilla

Yo soy un enamorado de la mujer bisaya.

He sorprendido en su mente siempre una cultura excepcional y en su corazón un venero de arte inagotable. Aquellas damas y señoritas de Iloilo y Negros más dulces que el azúcar de sus Centrales, tienen en mí un rendido trovador. Y hoy voy a tener el honor de presentaros a una dama ilonga que por todos conceptos ocupa en el mundo social un lugar distinguidísimo, más que por el indiscutible valer de su esposo, nuestro digno Fiscal General, Don Delfín Jaranilla, por sus propios y acrisolados méritos.

Doña Angela Salazar de Jaranilla es natural de La Paz Iloilo, aunque de padres luzónicos. Desde muy joven se consagró al magisterio donde continúa, no importa la alta posición social que ocupa, ejerciendo el cargo de profesora de literatura inglesa en la *Manila North High School*.

Llegamos antes que ella, a la hora de la cita, en su espléndida mansión de Malate. Y un instante después la vemos apearse apresuradamente del coche y cruzar el jardín. Salimos a su encuentro:

—Mrs. Jaranilla, vamos a retratarnos antes. El sol se está apagando...

—¿Con esta facha? ¿Sin el vestido propio? De ninguna manera!

Corre a cambiarse la ropa que trae de la escuela, un sencillo vestido de colegiala, por su elegante traje nativo! Y pocos minutos después, somos con ella en la entrevista para EXCELSIOR mientras se van sombreando los jardines y van luciendo las primeras luces del crepúsculo.

—¿Qué quiere usted decirme acerca de la educación moderna de la mujer filipina?

—Que le falta una asignatura.

—¿Cual?

—La urbanidad.



—¿Y del lujo inusitado que a pesar de los pesares siguen ostentando ellas y ellos en las escuelas?

—Que es un dolor; que a veces la hija o el hijo de un infeliz cualquiera lleva en prendas de vestir y hasta en alhajas, lo que sus pobres padres necesitarían para adecentar el tugurio miserable donde viven.

—¿Cómo es que usted, Mrs. Jaranilla, sigue ejerciendo, sin necesitarlo, su profesión, ocupando como ocupa su esposo tan alto cargo en el gobierno?

—Por no romper mi vocación de niña, porque ello me hace feliz, porque creo que forma en mí una segunda naturaleza.

—¿Ama usted los deportes?

—¡Muchísimo!

—¿Cuál es su deporte favorito?

—El tiro al blanco, la natación, el golf y las carreras de caballos.

—¿Y las artes?

—¿Cómo no amar las artes?

—¿Cuál es su arte preferido?

—La poesía.

—¿Cree usted que la actual educación que se dá a nuestros jóvenes escolares en los centros del gobierno y en las Universidades, Colegios y escuelas particulares está a la altura en que debe estar?

—Sí, señor.

—¿Es usted partidaria de que las filipinas que se están educando figuren como reinas de esto, *Misses* de lo otro y diosas del más allá?

—De ninguna manera.

—¿Cuál sería su mayor ambición en la vida?

—Poder hacer de mis hijos unos buenos y dignos filipinos.

—¿Le gusta a usted el baile?

—No mucho.

—¿Y el teatro?

—El teatro sí, el teatro me entusiasma.

—¿Qué género teatral le agrada más?

—La Opereta.

—¿Ha viajado usted por muchos pueblos?

—Por muchos pueblos de Filipinas.

—¿Qué pueblo le gusta más?

—Zamboanga.

Nos interrumpen unas copas de delicioso moscatel a las que mi compañero Montes rinde reverente pleitesía. Y a propósito de bebidas...

—Mrs. Jaranilla, ¿a qué cree usted que es debida esa epidemia escolar de atiborrarse de tintura de yodo al menor contratiempo de la vida?

—A ciertos artículos de ciertas revistas del Exterior y ciertas películas que jamás deberían leer ni ver los escolares.

—¿Y la cuestión moral?

—Más vale no hablar de eso. Muy mal, muy mal.

—¿Debido a la falta de religión?

—No, señor; el filipino es religioso desde que nace; la causa de la inmoralidad rampante es la misma que causa los suicidios con yodo.

Se hace la noche, pero en redor a Mrs. Jaranilla no hay sombras, todo es luz. Nos despedimos de la ilustre y distinguida dama. Cruzamos el jardín.

—Good by!

—Good by!

Jesus Balmori

